

el mundo; y de hecho la heregía profesada y practica esta doctrina, reconoce en los Santos que viven en la tierra una eficacia de intercesion y de oracion, que es permitido y conveniente invocar (1). Dedúcese, pues, de esto, por su propia confesion, que las objeciones generales que hemos refutado anteriormente, son fútiles y sin trascendencias (sin perjuicio de examinar las objeciones especiales que presenta contra la invocacion de los Santos que están en el cielo); y que cuando, no obstante, opone aun á esta última invocacion aquellas objeciones generales, que tambien presenta respecto de la invocacion de los justos que viven aun en la tierra, incurre, como de costumbre, en la mas flagrante contradiccion.

De esta suerte está consignada y justificada la doctrina que reconoce en los Santos, en general, su poder de *intercesion*, que podemos invocar con todo derecho, y que tiene grados escepcionales de *potestad* en la Santísima Virgen, como veremos mas adelante.

Pero nuestro culto de invocacion se dirige á un segundo orden de poder que ella tiene, el poder de *cooperar* con Dios á nuestra salvacion; poder por el que, no solamente es nuestra *abogada*, sino nuestra *vida*, y que no invocamos diciéndola solamente: *Rogad por nosotros*, sino diciéndola: *Salvadnos*.

Este es el punto mas repugnante para los adversarios del culto de la Santísima Virgen; pues parece establecer entre Dios y ella cierta confusion que ellos no quieren ó no saben separar, y que los escandaliza, siendo así que los fieles humildes ven y gozan en él un orden perfecto.

Preciso es ponerlo de manifiesto. Para ello generalizaremos la cuestion, segun lo hicimos ya respecto del poder de intercesion; y reservándonos separar de ella lo que concierne especialmente á la Santísima Virgen, diremos, que este poder de cooperacion que parece tan exorbitante en ella, pertenece, no solamente á los Santos en la

(1) Véase á Calvino y todos los doctores protestantes, especialmente á Dumoulin, contra el cardenal du Perron: lib. VII, cap. II, p. 45.

gloria, sino á todos los fieles cristianos de la tierra, que es el poder cristiano por excelencia, hasta para los que se lo niegan á la Madre de Dios.

§. II.

De la cooperacion de los Santos.

Jesucristo vive en los siglos de los siglos, *ayer, hoy y siempre*.

Y no solamente vive así Jesucristo, sino que es la misma *Vida*; vida racional de las inteligencias en el esplendor de su foco natural y universal, que nos ilumina al venir al mundo; vida sobrenatural de las almas en la carne que tomó para volverlas á dar esta vida superior que habian perdido, y volver á dársela mas abundantemente.

Pero esta vida, considérese bien, no se nos ofrece en Jesucristo como un Océano en que cada cual pueda tomarla separadamente, sino como un manantial que se comunica y se abre un camino y una corriente de su tránsito y comun concurrencia. Para continuar recordando la comparacion, ó mas bien, el místico carácter de esta vida sobrenatural, hay que considerar que nosotros nos hallamos, con respecto á su Autor, como los miembros de un cuerpo de que El es la cabeza, es decir, que se trasmite su vida á nosotros, y vivificándonos, circula por medio de nosotros á nuestros hermanos y á la Iglesia, á proporcion que somos sus fieles cooperadores y conductores, por nuestra vocacion y nuestra correspondencia.

De esta suerte, no solamente recibimos la vida de Jesucristo, sino que la damos y llegamos á ser nosotros mismos autores de vida en segundo grado, causas segundas é instrumentales de Jesucristo, y si puede decirse así, *Jesucristo*; puesto que lo reproducimos en nosotros y en nuestros hermanos, por el apostolado de la oracion, de la edificacion, de la instruccion y de la caridad, como reproduce el pulso en las arterias los fuertes latidos del corazón.

Y no solamente quiere Dios hacernos de este modo, á

unos respecto de los otros, instrumentos y cooperadores de su vida, sino que quiere darla al mundo solamente por nuestra accion, y someterla en cierto modo al ministerio de su criatura.

Esto es lo que hace ya en el orden de la naturaleza. Segun observamos en otra parte, no obra Dios generalmente sino por interposicion de personas. Quiere que nos debamos recíprocamente el bien que nos hace, para unirnos mutuamente con la misma caridad que nos une á todos con El, y hacerla circular en nuestras relaciones, como un rio, cuyas revueltas ó corriente circular fertiliza las campiñas distantes de su lejano nacimiento. Así, aunque podria darnos por sí mismo la existencia, prefiere dárnosla por medio de nuestros padres. Podria tambien por sí mismo mantener á un pobre, curar á un enfermo, instruir á un ignorante, y sin embargo, se vale para ello de un rico, de un médico y de un maestro. De esta suerte, ejerce en nosotros mil virtudes recíprocas; la bondad, el reconocimiento, la confianza, la sociabilidad, la asistencia mútua. Hace valer sus dones, que nos haria despreciar una facilidad demasiado inmediata de obtenerlos de su mano, y divide con nosotros su dispensacion, para honrarnos con este beneficio al mismo tiempo que lo realza, y para ponerlo al alcance de nuestra confianza, colocándolo mas allá ó con superioridad á nuestra presuncion.

Esta bella economía vuelve á encontrarse en el orden sobrenatural, y con tanta mas sabiduría, cuanto que encuentran en aquella su saludable ejercicio otras virtudes del mismo orden, la fé, la caridad, la humildad y el celo: Jesucristo obra, pues, mas por la interposicion y la cooperacion de sus Apóstoles, de sus Ministros y de sus fieles, que directamente y á descubierto, haciendo de ellos, como otros tantos Sacramentos de su vida en la Iglesia. Esto se ha ostentado y brillado en el grado mas alto en la conversion del mundo. Dios puso en los Apóstoles su poder y su autoridad hasta hacerles verificar cosas mas grandes que habia hecho El mismo, segun se lo tenia anunciado. Así es cuestion, si El mismo convirtió durante su vida mortal á un solo hombre, á no ser al Buen Ladron; puesto que sus

mismos discípulos, sin exceptuar su cabeza Pedro, y su discípulo amadísimo Juan, sucumbieron á la prueba de su cruz, y necesitaron multiplicados testimonios de su resurreccion para creer en ella; pero es indudable que Dios rehizo el universo por medio de estos mismos discípulos.

¡Y con qué autoridad, con qué confianza se sentian ellos investidos y provistos de su poder! «¡No tengo oro ni plata, dice San Pedro á un pobre pàralítico, pero te doy lo que tengo; levántate, y andal!» Este prodigioso poder no lo recibia seguramente de sí mismo; lo tenia, lo poseia en sí mismo por delegacion divina, por gracia y provision de estado; y lo tenia así, hasta en su *sombra*. Y este poder que tenia sobre los cuerpos, no era tampoco mas que la sombra del que tenia sobre las almas que se convertian por millares á su voz. Lo mismo ha sido despues, respecto de los Mártires y de los Confesores; sobre lo cual decia San Agustin: *Faciunt autem ista, vel potius Deus, vel ORANTIBUS AUT COOPERANTIBUS* (1): de donde deduce Suarez, que «hay en los Santos dos modos de operar: la oracion y la cooperacion, y que podemos invocar en ellos una y otra (2).»

Este modo de operar por cooperacion, que tanta estrañeza escita en la Santísima Virgen, se atribuye además en las Sagradas Escrituras á cada siervo de Dios, sea para con sus hermanos, sea para con El mismo. *REDIME tus pecados con limosnas*, dice Daniel (3): *el hombre que haga volver á un pecador de su extravío, SALVARÁ UNA ALMA DE LA MUERTE*, dice Santiago (4). *Mientras sea el Apóstol de los gentiles, honraré mi ministerio, por si de algun modo puedo mover á emulacion á los de mi nacion, y hacer que se salven algunos de ellos*, dice San Pablo (5). *¿Dónde sabes tú, muger, escribe él mismo, si SALVARÁS al marido; ó dónde sabes tú, marido, si SALVARÁS á la*

(1) De Civit. Dei, lib. XXII, cap. X.

(2) De Relig. Tract., lib I, cap. X, n. 7.

(3) Dan. IV, 24.

(4) Jacob. V, 20.

(5) Ad Rom. XI, 14.

mujer (1)? *Me he hecho todo para todos, para salvarlos á todos*, dice el mismo Apóstol (2). Todo el lenguaje sagrado y cristiano está lleno de estas espresiones, *salvar, rescatar, edificar, convertir*, aplicadas á los fieles en sus mútuas relaciones, para significar su cooperacion á esta accion suprema de Jesucristo, que no por eso es menos nuestro *único* Salvador, Mediador y Redentor; sino que, como *Cabeza* nuestra, nos eleva á la participacion de estos divinos caracteres de Salvador y Redentor, ejerciéndolos en nosotros y por nosotros.

Nunca creeremos llamar la atencion suficientemente sobre que esta regla general de la grandeza cristiana es la que aplicamos proporcionalmente á los Santos y á la Santísima Virgen, así como á los simples fieles. Nosotros no elogiamos, no invocamos en María ninguna grandeza y ningun poder que no sea comun, en principio, á todos los cristianos, y que no se hallen, por consiguiente, interesados todos los cristianos en celebrar en ella, como en su apogeo. En María profesamos el Cristianismo entero, el Cristianismo en la criatura; así como profesamos en Jesucristo el Cristianismo en el Criador. Y como el Cristianismo no es mas que la union sobrenatural del Criador con la criatura, solo tenemos el Cristianismo íntegro en Jesus y María.

Para romper esta economía, es preciso llegar hasta rehusar á la Santísima Virgen y á los Santos que reinan con Dios en el cielo, ese doble poder de intercesion y de cooperacion, que no puede desconocerse respecto de los justos que todavía luchan en la tierra. ¡Pues qué! ¿Perderán esos mismos justos en poder al remontarse á su origen, consumándose para siempre en union con Jesucristo en el seno de la gloria? ¿Son los Santos como los inválidos del reino de Dios?... ¿Qué despropósito es pensar así!

Y sin embargo, esto es lo que tenemos que discutir con la heregía y con todos aquellos, mas numerosos de lo que se

(1) I ad Corinth. VII, 16.

(2) Ibid. IX, 22.

cree, que, sin pertenecer á la heregía, reciben de ella sus inspiraciones en diversos grados.

§. III.

Respuesta á las objeciones concernientes á la comunicacion de los Santos del cielo con los fieles de la tierra.

I. ¿Qué razones hay para rehusar contra toda razon á los Santos del cielo la potestad de intercesion y de cooperacion que se reconoce á los fieles de la tierra?

He aquí á qué se reducen: que los Santos que viven en la tierra se hallan en relaciones sensibles con nosotros, que les permitan conocernos, oírnos, participar de nuestras necesidades y de nuestras pruebas, y en su consecuencia, asistirnos con sus súplicas y sus acciones; mientras que los Santos que están en el cielo, hallándose privados de estos medios sensibles y naturales, de conocimiento y de comunicacion, estando reducidos al estado de espíritus, habiendo llegado á ser igualmente estraños á nuestras miserias por la misma felicidad que los absorbe para admitir que se ocupen en nosotros, sería preciso atribuirles el don de conocer y comprender leyendo en las almas, como hace el mismo Dios; sería preciso prestarles los sentimientos, las miras y la accion de la Providencia, es decir, hacerles dioses, lo cual es propiamente idolatría (1).

Aunque presentada bajo una forma religiosa, esta objecion no es otra que la que infunde la incredulidad en el fondo de las almas, y que diseca en ellas la mas consoladora y benéfica de todas las creencias, la creencia en la comunión

(1) *Qui invocat animas Sanctorum*, dice con todos los demás un Doctor protestante, *idolatra est; et ille Spiritus quem invocas est tibi idolum. ¿Quæ vero est causa cur invoces? Quia persuasum habes et te, et alios ubique terrarum ab illo Spiritu audiri posse, et exaudiri; cum tamen hoc sit Dei proprium omnium preces, ubicumque sint, audire et exaudire.*—Hieronymus Zanchius, t. IV, lib. 1, cap. XVII, p. 459.